

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCIÓN OFICIAL

*Acta de la sesión literario-musical celebrada por la Academia Calasancia
el día 22 de Diciembre de 1895.*

Con numerosa y distinguida concurrencia que llenaba por completo el salón de actos del Colegio y ocupando la presidencia el Excmo. señor Gobernador civil de esta provincia, acompañado del Rdo. P. Francisco Llong, Provincial de las E. P., Rdo. P. Antonio Anglada, Rmo. P. Eduardo Llanas, Director de la Academia, y los académicos honorarios señores Marsá y Draper, Burgada y el Presidente y Vicepresidente de la Academia, dió principio á la sesión á tenor del siguiente programa:

1.º Canción napolitana, solo para arpa, por D. Joaquín Durán.—Vecchiotti.

2.º Lectura del acta de la sesión anterior, por el Secretario de la Academia.

3.º La Concepción, poesía de F. Grilo, leída por el académico don Juan Gaspar Laribal.

4.º Sonata para arpa, ejecutada por D. Joaquín Durán.—Gobbaerts.

5.º A Cuba, poesía del académico J. S., leída por el académico don José Arís.

6.º Los Católicos ante la ciencia, discurso por el académico honorario D. Juan Burgada Juliá.

7.º Trio de Guillermo Tell para tres violoncellos con acompañamiento de piano, por los académicos D. José A. Sala, D. Luis Masriera, D. José Oller y D. Francisco Mateu.—A. Vatta.

8.º Así se escribe la Historia, poesía festiva, por el Presidente don Alejandro Tornero de Martirena.

9.º La Dama del Abanico blanco, cuento en prosa de M. Anatole France, leído por el académico D. Alfredo Elías.

10. Addio, romanza para violoncello y arpa, por los académicos D. José A. Sala y D. Joaquín Durán.—Fletten.

11. Influencia del Cristianismo en el desarrollo progresivo de la sociedad familiar, discurso por el Vicepresidente D. Casimiro Comas y Doménech.

12. Largo en re, por los académicos D. Jorge de Satrústegui, don Fernando de Olalde y D. Francisco Mateu.—Beethoven.

El discurso del académico honorario Sr. Brugada y Juliá llenó por completo las esperanzas del auditorio, dada la magnitud del tema y la ilustración y elocuencia por todos reconocida al disertante; hizo éste un completo y exacto resumen de las tendencias científicas del presente siglo, demostró con gran copia de datos la armonía que ha existido siempre entre la ciencia y la fe, que no ha podido jamás demostrarse que una verdad científica debidamente comprobada se opusiera á los dogmas católicos: hizo un estudio de algunos conceptos vertidos en la *Revue de Deux Mondes* por el distinguido periodista Mr. Brunetiere, y en brillantes párrafos animó á los católicos á concurrir á los centros científicos y allí defender y propagar las verdaderas doctrinas, combatiendo el error de ser nuestra Religión una rémora para los adelantos de la verdadera ciencia.

El Vicepresidente D. Casimiro Comas Doménech, en elocuentes párrafos demostró la influencia del Cristianismo en el desarrollo y condiciones de la sociedad familiar: á grandes rasgos describió el origen y desarrollo de la familia en los pueblos del antiguo Oriente arjos y semitas, hizo notar el carácter del Jefe de la familia, el espíritu que informaba su potestad, y pasando de los pueblos orientales á los pueblos de Europa fijóse especialmente en Roma, cuyo régimen familiar anterior al Cristianismo, fué por el disertante objeto de acerbos censuras, presentando al *pater familias* romano como modelo de déspotas; estudiando la organización familiar romana después del Cristianismo hizo notar la influencia de éste en la condición de la mujer é hijos y en la limitación de la potestad del Jefe de la familia: la concurrencia premió con espontáneos y prolongados aplausos la erudita disertación del Sr. Comas.

En la parte literaria fueron objeto de grandes aplausos las poesías festivas del Sr. Tornero, quién, además de la anunciada en el programa, recitó las tituladas «Tomado del natural» y «Cuento de mi tierra.»

Por el delicado lenguaje y la intención que encierra, así como por la lectura que de modo magistral hizo el Sr. Elías, fué muy bien recibido el cuento de Anatole France.

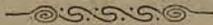
Las poesías tituladas «La Concepción,» leída por el académico don Juan Gaspar, y la intitulada «Cuba,» recitada por el Sr. Arís, despertaron el entusiasmo de la concurrencia, en especial esta última, debiendo el Sr. Arís recitar la poesía «Música» para acallar los aplausos.

En la parte musical sobresalieron todos los que tomaron parte, siendo muy aplaudido el Sr. D. Joaquín Durán, quien en las piezas que tocó solo demostró ser un maestro consumado en el manejo de tan difícil cuán sentimental instrumento y en las piezas ejecutadas por el Sr. Sala valieron á los intérpretes reiteradas muestras de aprobación.

Terminóse la sesión con un resumen elocuente del señor Presidente, quién, recordando lo mucho que la Patria debe á las E. P. que tanto se afanan y desvelan en la enseñanza, excitó á los académicos á que siempre y en todas ocasiones agradezcan á las E. P. las enseñanzas de ella recibidas, prestando todos los medios para el perfecto cumplimiento de su misión.

Barcelona, 27 de Diciembre 1895.

El Vicesecretario,
MIGUEL BARELLA ARRANT.



Se convoca á los Señores Académicos á la sesión privada que tendrá lugar el domingo próximo, 12 del actual, y las diez y media de la mañana, en el salón de actos, en la que el Vicepresidente continuará su disertación acerca de «El Derecho Visigótico».

Se recomienda la más puntual asistencia.

Barcelona, 2 de Enero de 1896.

El Presidente,

A. TORNERO DE MARTIRENA.

El Secretario,

ALFREDO ELÍAS.

SECCION DOCTRINAL

LA VOZ DEL PAPA

Como todos los discursos de León XIII, el que vamos á transcribir es hermoso y llena de gozo al creyente. Es que los consejos y las enseñanzas de la Iglesia católica unidas á la sabiduría de Su Santidad dan fortaleza á la inteligencia, llenan de santo amor el corazón y vigorizan la acción del católico ferviente.

He aquí textual el discurso del Papa á los cardenales en la solemnidad de Noche-Buena en el Vaticano, contestando al mensaje leído por el Emmo. Mónico J. Valletta.

«La vuelta de Navidad hace nacer siempre un dulcísimo gozo, el gozo del misterio inefable que ha dado á la sociedad humana la paz y la salud, bienes preciosísimos cuya necesidad siente más que nunca el hombre, y á los cuales no puede llegar y de los cuales no puede disfrutar sino gracias al Hombre Dios.

En medio de las múltiples vicisitudes con que la Iglesia ha sido probada y con que el mundo se agita, importa sobre todo que se multipliquen los votos presentados ante el trono de la misericordia divina, dispensadora generosa de todos esos bienes.

Nos es, pues, agradabilísimo, señor cardenal, que hayáis señalado al presentar á Nos los votos del Sacro Colegio, la solicitud que anima á los fieles á implorar de lo alto nuevos socorros y estímulos para la Iglesia y su Jefe en la obra que cumplen precisamente con la mira de procurar la paz y la salvación del mundo.

Nos mismo hemos utilizado últimamente diversas ocasiones para recomendar oraciones especiales. Las hemos recomendado para la solemnidad de Pentecostés y nuevamente para el mes consagrado á la Virgen del Rosario. Por lo demás, este gran asunto de la oración ha sido tratado ya por Nos de un modo más especial en la carta apostólica dirigida á la ilustre Nación británica. Nuestra palabra y nuestras exhortaciones, bendecidas por Dios, han sido secundadas acertadamente en todas partes.

Nos parece debemos reconocer un afecto principal en esa resurrección y en ese ardor creciente de sentimientos y de acción católica que se ha visto pesar en diversas naciones sentimientos tan útiles á sus más vitales intereses.

Y Nos esperamos un resultado no menos feliz en favor de la causa ardientemente promovida por Nos de la vuelta de las cristiandades disidentes á la unidad católica.

Ciertamente, para tal obra, es preciso una singular eficacia de impulsión, y una firmeza concorde de propósito, pues los perjuicios que se hace necesarios desarraigar, no son ligeros, y las dificultades que hay que suponer; no son pocas.

¡Cuánto no pueden sobre los designios y miras humanas al recurrir á Dios con una confianza perseverante!

No sin grandísima tristeza se vé al siglo orgulloso é incrédulo atreverse á vilipendiar y á ridiculizar ese orden sobrehumano de las cosas y á las sectas impías aplicarse á aplastar los gérmenes de religión y de piedad en los jóvenes corazones á quienes pretenden querer dirigir en el orden de las virtudes civiles y morales.

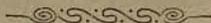
Y por lo tanto, la dignidad del hombre no se ha mostrado jamás más noble que cuando se inclina respetuosamente ante Dios, y somete su alma á El, rindiéndole homenaje de obediencia y gratitud, é implorando su clemencia y su protección.

Fué siempre un bello espectáculo el ver á los Príncipes y á los pueblos demandar á Dios en súplica pública el apoyo de empresas gloriosas y el consuelo de los grandes infortunios.

Contra esta perversión que Nos deploramos, se elevan muy alto, no solamente la autoridad de los preceptos divinos, sino también el dictamen de la razón y la voz del corazón, que en el pasado fueron escuchadas por las Naciones más civilizadas del mundo pasado. ¡Ah, bondad divina! ¡Cuánta necesidad tiene de vuestra bendición la Era presente!

Es, pues, justo, señor Cardenal, que en estos días hermosos de Navidad se invoque con mayor fervor la gracia tan benigna del Salvador. Que el Salvador, pues, esplendor de la verdad eterna, sol de justicia, Príncipe de la paz, se digne realizar las esperanzas comunes, en vista de la extensión de su reino sobre la tierra y de la verdadera prosperidad de aquellas que se glorifican con su nombre augusto.

En cambio de los sentimientos y votos tan afectísimos del Sacro Colegio que se nos han expresado, Nos oramos al Salvador para que derrame sobre vosotros la abundancia de los bienes celestiales, de los cuales es prenda la bendición apostólica que os concedemos con todo nuestro corazón, á vosotros, á los Prelados y á todos los presentes.»



LA REBELION DE CUBA

Hállase fuertemente preocupada la opinión pública en España, por el cariz sombrío, rumoroso y centelleante que presenta el horizonte, casi siempre limpio, transparente y bonancible, de la Perla de las Antillas. Aunque nadie en España duda del éxito final de la lucha que allí mantienen viva las nihilistas hordas acaudilladas por Gómez y Maceo; aunque todos están aquí plenamente convencidos de que nuestro heroico ejército regresará triunfante y glorioso á la madre patria, castigados severamente los vándalos manigüeros que, precedidos del terror, acompañados del incendio, del asesinato, del pillaje y de la devastación, y seguidos de las ruinas, de las cenizas y de la sangre, convierten la hermosa Isla en un campo inmenso de ensangrentados escombros y de parámicas y humeantes soledades; con todo, dado el curso de los acontecimientos bélicos que allí se desarrollan, de temer es que la guerra separatista de Cuba ha de costarnos todavía muchos hombres, muchos disgustos y muchos millones. Injusticia sería hacer responsable al actual Gobierno del auge que ha logrado la rebelión separatista; jamás habían cruzado el Atlántico expediciones militares tan numerosas y tan bien equipadas como las que el Gobierno español ha mandado en estos últimos meses á la Isla de Cuba; jamás España, ni aun cuando era dueña de la mayor parte de las Américas, había tenido en el Nuevo Continente un ejército tan numeroso y tan brillante, como el que hoy mantiene en la mayor de las Antillas; los soldados que allí pelean se batan con aquel heroísmo épico que desplegaron nuestros antepasados en Pavia y en Otumba y son la admiración y la envidia de las primeras potencias militares; y sin embargo, la rebelión crece, y crece de día en día, y se extiende como llama voraz atizada por el soplo de la desolación, y recorre rápida, devastadora, de Oriente á Occidente, de Sud á Mediodía, todas las provincias de la Isla de Cuba. Ni al Gobierno de la Metrópoli, ni al ejército de Cuba, se les puede pedir más: aquél ha mandado allende los mares cuanto podía desearse para vencer con prontitud y gloria la insurrección separatista, y bajo este punto de vista, nuestro dignísimo ministro de la Guerra, el General Azcárraga, se ha conquistado un nombre ilustre y se ha asegurado una fama imperecedera: el ejército español, siempre en movimiento, siempre á la pista del enemigo, sufriendo las inclemencias de un clima mortífero, las privaciones de una campaña sin cuartel ni descanso, se bate siempre en pésimas condiciones y siempre en exorbitante inferioridad numérica, en la proporción de 1 á 3, sino es de 1 á 5, y hasta de 1 á 10, y no se deja vencer jamás y escarmienta duramente al enemigo, cuantas veces puede ponerse á su alcance.

Así y todo, la rebelión cunde, y de las Villas donde se prometió sofocarla, ha pasado á Matanzas, y desde Matanzas, donde ya no hay manigua, y donde nuestros soldados se hallan en superioridad abrumadora respecto á los insurrectos, han pasado á la provincia de la Habana, y después de merodear y de talar y de incendiar y de acuchillar á la vista de nuestras columnas, junto á poblaciones importantes y en las que predomina el elemento peninsular, han invadido la provincia de Pinar del Rio, culebreando por entre nuestras columnas, burlando la vigilancia y desbaratando los planes, si es que éstos existan, del General en jefe del ejército de operaciones. Cuando los españoles se lamentaban, cuatro meses atrás, de que nuestro ejército no impidiera que los insurrectos pasaran, con la tea incendiaria en la mano, desde el Camagüey á las Villas, se les respondía que era preciso esperar que terminara del todo la época de las lluvias, pues sólo entonces podrían emprenderse en grande escala las operaciones militares; cuando en Noviembre hubo pasado la época de las lluvias, y además hubo desembarcado en Cuba un nuevo cuerpo expedicionario, á los lamentos de los españoles que veían invadidas y desoladas las Villas por las hordas separatistas, se les respondía que este año se habían prolongado las lluvias más de lo acostumbrado, pero que muy pronto hallarian los rebeldes su merecido castigo, gracias á las acertadas medidas adoptadas por el General en jefe, quien prometió que podría llevarse á feliz término la zafra. Pero Gómez y Maceo se dedicaron á incendiar cañaverales y destruir bateys y arruinar poblados, como si en las Villas no hubiera ejército que expiara sus movimientos. Y cuando desembarcaban en las playas de Cuba 26,000 soldados españoles, á principios de Diciembre, anuncian los insurrectos su propósito de invadir la provincia de Matanzas y de reproducir en ella las escenas de devastación, incendios y pillaje que habían realizado en las Villas; y á pesar de que se habían tomado precauciones y dado órdenes para impedir la invasión y asolamiento de Matanzas, Lacret primero, y luego Maceo y Gómez, recorrieron esta fértil provincia, talando, destruyendo, incendiando, con un furor salvaje que no tiene precedentes en la historia de las iniquidades humanas.

La opinión pública se alarmó en España y en Cuba, y un sordo rumor protestaba enérgicamente contra la dirección de las operaciones militares. Pero se dijo entonces, que había elementos de sobra para encerrar á los insurrectos en la provincia que habían invadido, y que estaban tomadas las medidas convenientes para impedirles el avance hacia la Habana y el retroceso hacia las Villas; allí debían entregarse ó sucumbir en combate decisivo. Y cuando todos los españoles esperaban confiados ese combate que debía aplastar á la insurrección, se supo con estupefacción general que el grueso de las fuerzas insurrectas mero-

deaba por la provincia de la Habana, cruzándola en todas direcciones, y continuando en ella la obra de destrucción iniciada en las Villas y seguida en Matanzas. Medio año atrás, no se creía esto posible. Dados los elementos de que en Cuba dispone el General en jefe, es inverosímil lo que está pasando. Aun los más optimistas confiesan que jamás experimentaron decepción semejante. Pero no es eso todo; como si los insurrectos quisieran poner en ridículo á nuestros generales, han pasado la línea de la Habana-Batabanó, custodiada en sus 30 kilómetros por media docena de columnas, y se han presentado en la provincia de Pinar del Río. Al mismo tiempo se anuncia que José Maceo y Rabí han abandonado el departamento Oriental y cruzan el Camagüey en dirección á las Villas. Y lo peor es, que nadie duda de que realizarán sus proyectos, como han realizado los suyos el otro Maceo y Gómez.

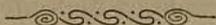
No es extraño que los hechos apuntados hayan causado tan profunda impresión en los ánimos de todos los españoles. Lo que en Cuba pasa no es sólo una desgracia, es, además, una vergüenza. Cuando una desgracia aflige á una nación magnánima y generosa, como lo es la española, se impone los mayores sacrificios para salir airosa y con honra, y por eso hemos mandado á Cuba tantos barcos, tantos millones y tantos hombres, y si todavía no bastaran para rehacer nuestro prestigio, irían allá más hombres, más millones y mayores escuadras. Pero cuando no es una simple desgracia, sino una vergüenza lo que una nación digna sufre y lamenta, entonces no se aquieta con resignarse al sacrificio, sino que anhela y necesita hallar al responsable que la desdora y la humilla. Por esto las últimas noticias de Cuba no han excitado el patriotismo de los españoles de modo que crean éstos haberse de imponer nuevos sacrificios para dominar la insurrección separatista; han levantado un clamoreo universal contra la ineficacia y mala aplicación de los sacrificios hechos hasta el presente, los cuales, bien utilizados, deberían bastar para contener las hordas salvajes de Gómez y Maceo. La nación ha dado todo cuanto se le ha pedido y se ha juzgado conveniente para réstabilir la normalidad en Cuba; todavía se impondría nuevos sacrificios, si éstos fueran necesarios; pero deben tener presente los que gobiernan que no obtendrán esos sacrificios el día que la opinión pública crea que son exigidos para cubrir la torpeza de los que deben utilizarlos.

La verdad es que la bandera española flamea inmaculada en todas las poblaciones importantes de la Isla de Cuba, y que en ninguna parte ha tenido que arriarse ante las amenazas ó las violencias de los saltamontes que siguen el pendón de la estrella solitaria; pero aun teniendo esto en cuenta, y dando además por sentado que nunca han de llevar la mejor parte en los campos de batalla, surge la tristísima consideración de que, si esos

bandoleros pueden casi impunemente recorrer las provincias más cultivadas, más pobladas, más españolas y más llanas y más desembarazadas de la Isla, á pesar de la persecución activa de nuestras numerosas y valientes columnas, con más razón podrán mantenerse, por tiempo indefinido, en el Camagüey y en el departamento Oriental, mañana que les convenga trasladar allí la guerra, porque aquellas regiones les pertenecen, y la manigua y las cordilleras orientales pueden ser su más seguro refugio. Si no varían las condiciones en que hoy luchan nuestros heroicos soldados; si no se imprime una dirección más afortunada á la campaña; si no se logra escarmentar cuanto antes á esos incendiarios de cañaverales y destructores de poblados y voladores de puentes y cortadores de telégrafos y macheteadores de ciudadanos indefensos; si después de talar las siembras de Pinar del Río, de la Habana, de Matanzas y de las Villas, y destruidos los ingenios y telégrafos y los ferrocarriles, logran ganar de nuevo la manigua del Centro y las sierras de Oriente, para reorganizarse durante la venidera temporada de las lluvias y cubrir sus bajas; ¿cómo ha de poder nuestro Erario subvenir á otra campaña más costosa aún que la presente? ¿cómo organizar nuevos cuerpos de ejército para mandarlos á Cuba y sostener una campaña sin gloria, sin esperanza de triunfo y llena de penalidades y de peligros? No, no es posible llegar al Mayo, sin que la insurrección esté, sino material, á lo menos moralmente dominada. En la conciencia pública está la convicción de que en Cuba hay elementos suficientes para llegar á este resultado, y el decoro del ejército, y el bienestar de la patria y la seguridad de altas instituciones, reclaman á una que se obtenga, caiga quien caiga, ese vencimiento de los rebeldes. La nación en masa se ha pronunciado contra la marcha seguida hasta hoy en Cuba: sería una temeridad inexplicable, una verdadera locura, empeñarse en seguir el camino emprendido y que hasta ahora sólo nos ha conducido al descrédito y á la deshonra. Quizás mañana, quizás hoy mismo, nos anuncie el telégrafo alguna victoria parcial obtenida por alguna de las columnas que de cerca siguen al enemigo; es natural que así suceda, y lo arómalo sería que no sucediese; pero, llegando este caso, no por eso hemos de creer que la victoria ha de seguir sonriéndonos, como lo creíamos después de las batallas de Paralejo, Coliseo y Calimete. Mientras no se vea un plan de campaña que dé buenos resultados y los haga esperar mejores, no debemos cejar en la empresa de pedir que se estudie el vicio radical de que indudablemente adolece el plan, si lo hay, que hoy se sigue en la Isla de Cuba, y al cual tantas víctimas y tantos intereses van sacrificados.

Hemos dicho que el Gobierno ha aprontado todos los elementos disponibles para llegar á la pacificación de Cuba; hemos dicho también, que el ejército se ha portado admirablemente siempre

que ha podido dar alcance al enemigo; añadimos ahora que al General Martínez de Campos nadie le supera en valor, en lealtad, en actividad, en patriotismo y hasta en fortuna; ¿por qué, pues, burlan los insurrectos los movimientos de nuestras columnas? El Gobierno debe examinar y resolver esta cuestión; por nuestra parte sólo diremos, que si la vida y la prosperidad de la insurrección cubana radican en las poblaciones, en las poblaciones y en el campo es preciso ahogarlas y aplastarlas: el espionaje y la deslealtad impiden los combates campales; vencamos al espionaje y á la deslealtad allí donde se hallen, sin remilgos ni vacilaciones.—E. LL.



EL TALENTO Y SU MISIÓN

¡Si Homero y Virgilio hubieran conocido la Cruz!

No sería Aquiles, no; no sería Eneas, el hijo de Anquises y de la diosa Venus, el respectivo héroe de la Iliada y de la Eneida. Aquellos ingenios inmortales y caracteres de constancia desesperante en el trabajo, ¡con cuán delicada fruición hubieran cerrado sus poemas, haciendo depositar la espada de su héroe, como el del Tasso, en el santo sepulcro rescatado!

Si en Esquino y Demóstenes, en Catón el Censor, y en el talento real de Cicerón hubiera prendido el fuego de su elocuencia por asunto de la magnitud que solamente lo imperecedero tiene, su empuje no cedería al de Crisóstomos, Atanasios y Agustinos.

Y en su género, esto mismo hubieran hecho Pindaro y Esquilo en la creadora Grecia, y Terencio y Plauto en Roma.

Y de Fidias y Praxiteles hubieran *heraldado* el nombre de Miguel Angel, Rafael y Murillo, porque á perfección aspiraron en todo tiempo y nación los verdaderos talentos, *trocado* sólo el objeto, no pudiendo ser un Salvador de marfil el *Júpiter Olímpico* de Fidias.

Y desde el genio que ideó en la frente, trazó en papel y levantó la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, obedeciendo á Constantino, hasta el último templo notable del orden de arquitectura, fruto del genio fundido del *pueblo griego y romano*, ¡cuántos le han presentado su *robustez* en tributo, en esas montañas talladas de piedra sobre piedra, carácter expresivo del orden *greco-romano*?

Y aun en la época del Renacimiento, en esa casi *apostasía* de la arquitectura esencialmente cristiana, debido á un conjunto de causas precipitadas en torrentes, ¡cuántos ingenios le han dedicado en ofrenda su *entereza* heroica en resistir el turbión, encarándose con el orden de arquitectura pagana, y diciéndole resueltamente: transijo sólo en lo que no profanas (á la gótica), y

acepta tú artísticos que el gusto nuevo no siente, porque es sensual, ó *sentidos* causan *pena!*

Y aparte ya la arquitectura de levantar la causa de Dios, y de sus hijos fieles, si desde la edad Media ingenios hubo para dedicar á sus templos rígidos, de flexible naturalidad en el dibujo, y en limpieza del tallado, en leños ricos, mármoles, y bronce en moldes artísticos fundidos?

Y esos otros genios de inmortalizar las formas y hacer escenas de bulto, y traer ante los ojos el infierno y sus habitantes, y el paraíso con los suyos, sin más recurso que el numen, y un puñado de *luz* y otro puñado de *sombra* para golpe claro y golpe obscuro.

Miguel Ángel, Rafael, Rubens, que sois escuela de Italia y Países Bajos; Murillos, Velázquez españoles... vuestro triunto son joyas que Dios acepta, y con las cuales su Iglesia, honrándose, os honra; y debajo de la cúpula del primer templo del mundo, ella custodiará como bajo inmenso fanal que tu atrevimiento lanzó al aire, Miguel Ángel, el triple genio que vivió en tu frente de escultor, y de pintor eminente, y de arquitecto sin igual.

Y esto han hecho en *ofrenda* de fuerza y de tributo juntamente, los talentos cristianos más pujantes, en aquella medida que han consentido los tiempos; y como en España en los siglos XVI y XVII principalmente, hiciéronlo en letras el gran Lope de Vega, que alcanzó fundar el verdadero teatro clásico español: el restaurador del buen gusto literario, que decayendo desde Góngora con su autorizado ejemplo, fué ocasión importantísima para hacer la empresa más grande y más inmortal á Calderón; el autor del *Quijote* y el gran Quevedo cuando serio; en artes cooperaron al esplendor del cristiano ideal español, en primer término, el grave Velázquez, el sombrío Zurbarán, el espléndido Murillo, y el intérprete de la grandiosidad arquitectónica, ilustrado Herrera.

Que si en ciencias no tuvo España un Copérnico que sorprenda el movimiento de los astros, y fije un centro nuevo al sistema planetario, como el canónigo de Frawenbourg; ni un Galileo que descubra las leyes de la pesantez del aire y de la caída de los cuerpos á su centro, ni un Torricelli que, construyendo el barómetro y precisando esas leyes, aumente la gloria á su maestro; ni un Newton ni Leibnitz, que aisladamente una inteligencia y otra, descubran la gravitación universal...

Si de todo eso nada puede presentar España, tuvo en la ciencia de la cual todas las demás son antesala, en esa de la cual son todas tributarias, en esa á la que sirven todas con la dependencia, y la atención de esclavas, siendo ella sola soberana, en esa hacia dondè todo saber humano mueve el pie, en donde todas las fases de la vida se condensan y confluyen como en vértice,

donde todas las miras del hombre y de la Divina Providencia se personifican, se realizan y definitivamente tienen allí su último grandioso desenlace..., en esa ciencia tuvo España lumbreras como el gran Suárez, Arias Montano, el Luis de León y el de Granada, Vázquez, Soto, Melchor Cano; pero con tantas otras refulgencias y de tan intenso brillo, que más bien que *pléyade* remeda estrellado firmamento.

Y tantos y tan ver 'aderamente' distinguidos son, que no los puede presentar la Prusia de los Copérnicos, la Inglaterra de Newton, la Alemania de los Leipnizt, ni la misma Italia de Galileo y Torricelli. En la obra de Dios ellos ponían piedras preciosas en el pedestal, España colocó sobre la estatua la corona.

Esas figuras cuyos nombres solamente conocidos en las *aulas*, andando el tiempo hemos podido conocerlas con espacio; y del mismo modo que hemos admirado á los artistas por sus principales obras en Basílicas, en Museos nacionales, y en el mismo Vaticano, alcanzamos también á conocer por sus creaciones respectivamente, y por sus profundas obras, al literato y al sabio, en solitarias bibliotecas. Nuestra patria es esto.

¿Y quién sino el fuego de la patria y de la religión, ardiendo juntos en un pecho, *hizo* á Pelayo para ser el primero en despeñar hacia el Africa, desde Covadonga y sus breñas, al vencedor de Guadalete? ¿Quién á Alfonso el *Católico* para proseguir tenaz su santo, casi temerario empeño? ¿Quién al Cid para vencer en cien combates á los moros y vencerse á *sí* contra los celos de Alfonso el VI, siniestramente influido, y en cuyo engrandecimiento, guerreando, el Campeador se hizo inmortal? ¿Quién hizo, en fin, el corazón de Isabel y de Fernando para coronar la empresa de Pelayo, colocando sobre los muros de Granada el estandarte de la Cruz? Sólo ante la Cruz quedó la *media luna* postrada.

Y para exhalar el primer gemido de patriótico dolor, y hacer retumbar ante el palacio de los reyes de Madrid el primer estampido del cañón, contra la invasión cien veces más ignominiosa que la de Tarif y el mismo Muza, ¿quién hizo á esos dos paisanos, que, dado el grito de héroe, sin una sola espada amiga y frente á ejércitos arrolladores, esperan muerte segura? Si no es el fuego de la independencia de la *patria* y de la *cruc* que la erige en justa y santamente inviolable, ¿quién hizo á Daoiz, quién á Velarde?

Talento militar. Siete siglos y dos tercios del octavo duró la batalla para conservar lo que casi se perdió en un día. Muchos años há, está sosteniendo España otra contienda de resultados más desastrosos, quizás, que la invasión sarracena; el día que principió sabemos todos, el de su término... ¿Quién? Eso costó, á los que os han precedido, la conservación de un trono que desde Recaredo, con ser godo, está coronado con la cruz. Pero adver-

tir, que solamente trabajando por conservar íntegra su religión, se conserva íntegra la patria y han hecho inmortal su honor.

Y en vista de cuantos genios han pasado, dejando esculpidos sus nombres en sus hazañas ó en sus obras, y de cuantos de presente no mentamos, porque todavía no han bajado á su sepulcro, podemos afirmar con todo el fundamento de evidente teoría, y de histórica experiencia esta verdad: sólo son grandes los talentos, cuando son soldados del conquistador que fijó su trono en el Calvario.

Porque allí donde centellea el genio, y la llama del corazón reverbera, allí hace falta la *verdad*, la *belleza*, la *bondad*; es decir, el cristianismo, para anegarse en ese lago y saciar sus sedientas aptitudes, para asimilársele, hacerle suyo y difundirle en los demás, convertido en dicha; defenderle en ultraje y en el triunfo enaltecerle, coronarle, y á cuatro vientos proclamarle *luz*, *hermosura*, *amor* todo inmortal. Y esto es depositar la ofrenda de todos los cooperadores á sus pies.

Es la ofrenda del soldado, del artista, del vate, del historiador, del apologista, del elocuente, del sabio, del confesor de la fe, desafiando la muerte ya en amenaza, y del mártir abrazándose, de hecho, con el tormento en que acaba. Esto es servir, y esto es honrar á la patria.

DR. VALERO PALACÍN Y CAMPO.

SECCION LITERARIA

ESTUDIO CRÍTICO DEL «QUIJOTE»

[Continuación]

LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

Los que han querido defender que el espíritu caballeresco era útil para mantener la honradez en los nobles, el valor en los militares y el pundonor en las damas, parece que ni siquiera tienen noticia de lo que son los libros de caballería, pues basta su lectura para conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas destruían el verdadero concepto de la honradez y de las obligaciones características de los nobles, que desfiguraban la idea del valor, torciéndole al lado injusto y haciéndole degenerar en temeridad reprensible, y finalmente que al paso que colocaban el pundonor de las damas en puras exterioridades, franqueaban la puerta para la disolución más abominable, enseñando tercerías, tratos clandestinos, robos y otros crímenes que daban con el falso brillo del esfuerzo y de la temeridad.

En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que

no había más ley que la fuerza, es cierto que podían ser útiles los desfacedores de entuertos. Entonces casi podría decirse que esta expresión significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos y defender á los injustamente perseguidos. Pero Cervantes escribió en un siglo en que ya establecidas en un pie respetable las monarquías, había en ellas leyes que prohibían estos desórdenes, magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes y de proteger á los oprimidos y finalmente monarcas á quienes apelar de los agravios que pudiesen hacer los mismos magistrados; siglo en que, según toda razón, debían ser no sólo inútiles sino perjudiciales á la justicia esa clase de hombres que á fuerza de palos quisiesen deshacer agravios. Porque supongamos que los magistrados faltaban á sus deberes y que el soberano engañado cerrase los oídos á las quejas. Si en este lance (que es el más estrecho que puede suceder) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia que no administraban ni los magistrados ni el monarca, el remedio de una injusticia particular produciría innumerables injusticias.

Ahora bien. Si por desfacedores de entuertos entendemos los caballeros ú hombres poderosos que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono para que lleguen á los oídos de los soberanos los ayes de los miserables que suele apartar la adulación, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda de que éstos son utilísimos en el mundo; mas también es cierto que, ni eran éstos los campeones celebrados en los libros de caballería ni los impugnados en el *Quijote*, y que por consiguiente su autor está libre del cargo que quieren hacerle, de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heroicos y grandes que hicieron eterna la gloria de sus predecesores.

Ni eran menos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruían las justas causas que deben ponerla en ejercicio, substituyéndolas con otras que son ilegales y viciosas.

Cuando el valor de los súbditos se ha reunido bajo la conducta de un caudillo, ha producido sin duda las acciones más gloriosas y más útiles para el beneficio de los pueblos; pero este mismo esfuerzo separado y dividido en facciones y bandos particulares, ¿qué perjuicios, que ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el origen de estos males, veremos que no ha sido otro, que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

Cervantes, que era más filósofo de lo que muchos creen, descubriendo una de las principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacían formar del valor y mérito de los ca-

balleros estas monstruosas novelas, reprende este vicio pintándole con toda su ridiculez, cuando D. Quijote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la corte de un poderoso rey, las distinciones que éste le hace y finalmente que el caballero le saca victorioso de sus enemigos, venciendo muchas batallas y ganando muchas ciudades. Pero antes que D. Quijote haga menuda descripción de los hechos heroicos del caballero imaginario, tiene una conversación con Sancho en la cual se da á conocer más claramente el objeto de Cervantes. Propone Sancho á Don Quijote que en lugar de andarse por el mundo buscando aventuras se vayan á servir en la guerra á algún emperador ó príncipe, y le demuestra con razones sencillas pero convincentes, que aquél era el medio mejor de acreditar su valor y alcanzar recompensas dignas. D. Quijote, convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razón, pero le añade *que antes que se llegue á este término, es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras.*

He aquí pintado al vivo el desvariado concepto que tenían del valor y del modo de acreditarle. Antes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria, quiere adquirir renombre con aventuras injustas y perjudiciales.

No paraba aquí el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor.

Además de sacarle de su natural esfera, le pintaba con tales colores que al mismo tiempo que aparecía digno de la mayor admiración, se descubría incapaz de ser imitado.

Aquel ponerse un hombre solo delante de un ejército entero y desbaratar sus escuadrones, arrebatándole sus banderas y ganar una completa victoria, á cualquiera le parecerá que más es un milagro que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza y muy distantes de la esfera de los demás.

El espíritu caballeresco, no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos héroes de sus novelas, se atrevió á introducir semejantes ficciones en las Historias, desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes capitanes, que los hechos que contados sencillamente como fueron, despertarían el valor de cuantos los leyesen, referidos con tantas increíbles añadiduras, sólo sirven para excitar una estéril admiración, ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que hace notar Cervantes por boca del Canónigo de Toledo, que encontró á Don Quijote cuando le llevaban á su aldea.

Mosén Diego de Valera, si no me es infiel la memoria, que poco tendría de extraño, refiere, que habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños el día de las bodas de sus hijas, se soltó un león y entró en la sala, de lo que se asustaron grandemente los infantes de Carrión sus yernos.

Pero despertando el Cid los reprendió tratándolos de cobardes y ató al león sin dificultad ninguna. Sólo quien estaba infatuado con los desvarios caballerescos podía pintar como posible atar un león como quien ata un perro, y cualquiera hubiera tenido por loco á un hombre que tratase de cobardes á los que huían de un león. Estas fábulas bastarían para desacreditar al Cid si no supiéramos de él otros hechos menos maravillosos pero que prueban más claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historieta Cervantes cuando pintó la temeraria aventura de los leones.

Pero aun los mismos autores de los libros de caballería conocieron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras de valor, y por eso recurrieron á los encantamientos, abriendo la puerta á los hechizos, prestigios y hechos sobrenaturales; y estas semillas, fecundadas en la fértil imaginación de los escritores de novelas, produjeron tantas y tan ridículas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aquí salieron los palacios y jardines encantados, de aquí el quedar en un momento despojado de sus fuerzas el caballero más valiente y esforzado y de aquí, finalmente, aquellos encantadores amigos ó enemigos que ayudaban ó impedían las proezas de los caballeros.

Cervantes, para que las gentes conociesen lo ridiculo de estas invenciones, burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos, en que D. Quijote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos y á otros personajes, entre los cuales no olvidó á la señora de su alma.

De las transformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el *Quijote*. La de los gigantes en molinos de viento; la de los ejércitos en rebaños de carneros; la de Dulcinea en labradora; la del caballero de los Espejos en el Bachiller Sansón Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial, y la del que engañó á la hija de doña Rodriguez en el lacayo Tosilos son todas excelentes; pero sobre todas las del jaez en albarda, cuando en la venta disputaba D. Quijote que la bacía era el yelmo de Mambrino.

Uno de los efectos mayores de los encantamientos era quitar repentinamente la fuerza á un caballero para estorbarle alguna hazaña, de donde tal vez tuvieron principio ciertos hechizos y aligaciones á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo.

La burla que de esto hace Cervantes es muy oportuna. Don Quijote, viendo por las tapias del corral que manteaban á su escudero, quiso socorrerle, pero molido por los golpes del moro encantado, y debilitado con la operación del saludable bálsamo, ni pudo saltar las tapias, ni siquiera apearse, y al punto creyó que le habían encantado. Mas para acabar de descubrir lo ridiculo de tales sucesos, es menester leer el discurso que después de

esta aventura hace D. Quijote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

Los libros de caballería tampoco eran nada á propósito para mantener el recato y honestidad propia de las doncellas y matronas principales, pues que las tales novelas se pueden con verdad asegurar que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo cual Cervantes reprendió discretamente los desórdenes de esta especie que enseñaban y autorizaban semejantes libros.

La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que más dominan á las mujeres, y, por consiguiente, las más capaces de hacerlas atropellar el decoro y la modestia, virtudes características de su sexo. Por esto, para evitar los peligros de los públicos galanteos y torneos autorizados por la costumbre, se vieron obligados los padres y deudos á guardar á sus hijas y parientas con medios muy rigurosos, recurriendo casi siempre á la estrecha clausura de sus casas y á la perpetua custodia de las dueñas.

Pero este remedio, en vez de estorbar el daño, sirvió solamente para mudar su aspecto. Leían estas encerradas doncellas, para divertir su soledad, aquellos perjudicialísimos libros de caballerías; encontraban en ellos mil historietas amorias en las cuales los caballeros enamorados se pintaban como heroes, y estas especies formaban en la imaginación viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razón, haciéndoles ver en sus padres unos tiranos y en su vida retirada una gran desgracia, y deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas como las heroínas de aquellos descabellados engendros, correspondían fácilmente á los mensajes y señas que les mandaban los caballeros (perseguidores bajo el título de guardadores de la honestidad), ganando con el soborno los domésticos y familiares y empezando por las conversaciones nocturnas en las terrazas y siguiendo por mil desmanes en que intervenían directamente las dueñas á quienes acordemente nuestros autores califican de terceras; resultando de ello muchas veces que los padres, llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenían, tal vez por no oponerse á otros inconvenientes, en matrimonios que jamás hubieran aprobado en otras circunstancias; ó que más duros las obligasen á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversión ó las hacían por fuerza que entrasen religiosas á trueque de no tener un continuo sobresalto; y aunque estos males eran gravísimos, con todo solían producir otros de peor especie, los amores clandestinos protegidos y disimulados por las dueñas y los escuderos de las casas.

Cervantes supo satirizar toda esta clase de excesos de aquellos tiempos, como puede evidenciarse recorriendo brevemente todos los principales amores de que se habla en el *Quijote*. Y

empezando por los de éste y por su señora Dulcinea, en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupación de que todo caballero debía ser enamorado, pues ninguna otra razón tuvo D. Quijote para decir que lo estaba, sino la de seguir esta costumbre que juzgaba tan precisa. Esto se conoce verdaderamente en su conversación con Vivaldo, así como en las juiciosas reconvenciones de éste se ve cuán sin fundamento y cuán contra la Religión era esta preocupación caballeresca.

Alguno podrá objetar que unos amores tan castos y platónicos como los de D. Quijote nada tenían de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer que todo caballero debe estar enamorado, y la experiencia nos enseña además que muchos galanteos que se empiezan muchas veces por vanidad ó por hacer lo que otros hacen, suelen tener tan funestas consecuencias, como los que son hijos de una pasión vehemente.

Al mismo tiempo que los caballeros miraban á todas las damas como unas Porcias en la fidelidad y en el recato, creían como cosa muy natural que, enamoradas de un caballero, debían buscarle y entregarse á él; de modo que les parece que la la facilidad más detestable no era liviandad, siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. A tanto llegaban los privilegios de estos señores.

Este extravagante modo de pensar, describe Cervantes, cuando el mismo D. Quijote, que con tanta acrimonia reprende á Sancho porque creía haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo D. Fernando, ese mismo cree que la hija del castellano le viene á solicitar de noche, y que la hija del rey á cuya corte llega un caballero andante es preciso que se enamore y se entregue al tal caballero.

Esta persuasión del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer que un caballero, por el solo hecho de estar enamorado, era acreedor en justicia á ser correspondido; error que apoyaron y defendieron los poetas. El amor que tenía Crisóstomo á Marcela es un retrato de las funestas consecuencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la más ruda impugnación de esta locura.

Muchos han creído que Cervantes pretendió reprender el retiro de las doncellas y le miran como autor de la desenvoltura y libertad de nuestros días; pero los que así piensan, ó no han leído el *Quijote* ó no le han entendido.

D. Quijote, respondiendo á Altisidora en un romance, le dijo estas cuatro coplas dignas de que las tengan presentes todas las madres.

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar
y el estar siempre ocupadas,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres
con las honestas se casan.

Esto mismo confirmó cuando dijo á los Duques la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nació de su ociosidad, que la tuviesen ocupada y se dejaría de amores.

Llenas, pues, de ideas caballerescas no se detenían las doncellas más recatadas en tomar las más arrojadas resoluciones. Véase esto al vivo retratado en la Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con D. Fernando; en la de Dorotea de ir á buscar al mismo D. Fernando para vengar en él su deshonor, pero más trágicamente en el arrojamiento de Claudia Gerónima, que por unos celos mal fundados dió muerte por su propia mano á su amante D. Vicente Torrellas.

Otros efectos de estas lecturas y prueba hasta de las tercerías de que os hablaba un poco antes, se ven en los amores de D. Fernando en la historia de la Trifaldi, en la burlada hija de D.^a Rodríguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosilos y así también en Leandra, que, después de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Roca, de quien se enamoró sólo por ver su gallardía y oír las mentidas proezas que contaba.

Sólo estos pasajes en que Cervantes critica despiadadamente los desórdenes tan arraigados en aquellos tiempos, bastan para dar á conocer que las máximas del *Quijote*, lejos de abrir las puertas de la desenvoltura y libertad, están continuamente reprendiendo este abuso y á esto mismo se dirigen la mayor parte de las reflexiones que se encuentran esparcidas por la obra.

Tal es, por ejemplo, lo que D. Quijote hizo á Sancho al decirle éste que extrañaba que Altisidora se hubiese enamorado de él, siendo tan feo: á lo que replicó D. Quijote que *el amor que se funda en la estimación de las prendas del alma, es firme y verdadero, y el que sólo tiene por objeto la hermosura exterior, es ligero é inconstante.*

También es oportunísima la reflexión del obrero amante de Leandra sobre que *los padres dejan á sus hijas que escojan á su gusto el que ha de ser su esposo, pero que no les propongan más que partidos buenos para que no sea el antojo, sino la razón quien mueva su ánimo.*

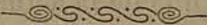
Y esto mismo apoya D. Quijote yendo á ver las bodas de Camacho, haciendo ver que *el capricho de las muchachas de ordinario se inclina á lo peor, y como la compañía de los esposos dura*

toda la vida, ellas mismas se arrepienten, aunque tarde, de sus malas elecciones.

Quizás me he detenido demasiado tiempo en referir los perjuicios que los libros de caballería causaban en las costumbres y con cuánta razón y prudencia los combatió Cervantes en su *Quijote*, pero todo era necesario para vindicarle del injusto cargo que han querido hacerle algunos críticos. Cervantes tuvo gran juicio y gran conocimiento del corazón humano, y por eso procuró, desterrando los libros de caballería, arrancar de raíz innumerables vicios que no eran resultado del abuso que la malicia hacía de unas obras buenas en sí, como han pretendido algunos, sino conveniencia precisa de los principios fundamentales de los referidos libros.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

(Continuará.)

——
EL ÚNICO CONSUELO.

AL RESPETABLE SEÑOR D. MARIANO VILALONGA.

Era una noche
de abril florido,
cuando la luna
riela en el mar,
cuando la brisa
murmura plácida
y blando el céfiro
gime al pasar.

—
Todo era dicha,
placer y gloria,
todo belleza,
todo gozar;
cuando de pronto,
vió una nube
nuncio fatídico
de tempestad.

—
El viento ruge,
las olas braman,
cesa la luna
ya de alumbrar;
retumba el trueno
y en los viajeros
del débil barco,
empieza el mieto
de zozobrar.

Mujeres y hombres,
grandes y chicos,
ya de rodillas
se ven rezar;
piensan entonces,
todos aquellos,
en el misterio
del *más allá*.

Piden al Cielo
les lleve á salvo,
piden la gloria,
si se han de ahogar...
—Diciendo á voces:
¡Piedad, Dios mío!
Virgen y madre,
¡piedad, piedad!

—
Por fin ya cesa
la gran tormenta,
callan las olas
cansadas ya;
huyen las nubes
hacia otras tierras,
y el mar se llena
de claridad;
sigue su marcha
como al principio,
el débil barco,

cortando el mar,
y los viajeros
miran al cielo,

mueven los labios,
y gracias dan.

JOAQUÍN MOLINS Y ALEGRET.

Barcelona, Diciembre 1895.

SECCION ARTÍSTICA

Pintura: Salón Parés.—Escultura.—Música: El Liceo.—Venta de una joya artística española.

Desde nuestra última revista, dos han sido las Exposiciones verificadas en el Salón Parés, figurando en la segunda bastantes cuadros de la primera. En la de la actual semana, y ocupando el centro de la Exposición, figura un hermoso retrato de cuerpo entero y tamaño natural, debido al hábil pincel del Sr. Monserrat. Es el retrato del conocido escolapio Padre Jacinto Felhu; antiguo profesor de la Academia de cadetes de Segovia, cuenta con un gran número de discípulos que hoy día ocupan altas posiciones en la milicia, contándose entre ellos al General en jefe del ejército que en Cuba pelea contra la insurrección cubana al grito de la integridad de la patria, general Martínez Campos. Al igual que el hoy cardenal Cascajares, antiguo oficial de artillería, trocó su espada por la Cruz, é ingresando en la Escuela Pía, fué general de ésta y Comisario Apostólico. El retrato, obra del Sr. Monserrat, es de sólida factura, fresco y de entonación.

Merece también citarse un paisaje del Sr. Mas y Fontdevila, mención que hacemos, más que por el cuadro, por la nueva tendencia que en él demuestra su autor. Suponemos que éste habrá abandonado su antiguo estilo que tanta gloria le ha conquistado, sólo momentáneamente, y que el estilo impresionista que domina en el citado paisaje no dominará en sus cuadros sucesivos, los que seguirán el estilo elegante que presentan los cuadros del Sr. Mas.

Una cabeza de estudio presenta Brull, de hábil factura, suave modelado y viva expresión. Elegante, sentido y muy ajustado al natural es el paisaje de Meifren. La señorita Ferreras ha expuesto unas flores en las dos últimas semanas. Sabida es la destreza con que las compone y ejecuta, si bien las de la actual semana nos agradaron, quizás más, que las expuestas en la anterior.

Poco, ó casi nada, tenemos que decir de la escultura. Sin embargo, para que no se crea que la tenemos olvidada y porque la obra lo merece, llamamos la atención de nuestros lectores y les recomendamos la imagen de Jesús Crucificado, que se halla en

el taller que D. José García tiene en la calle del Regomir y debida á este escultor Está tallada en madera y merece especial mención la testa de la imagen.

Otello y *Dinorah* alternando han figurado en los carteles del Liceo. De *Otello* hablamos ya en nuestra última revista sin que debamos añadir nada nuevo. *Dinorah*, la ópera de Meyerbeer, que quizás por ser de este autor, algunos encuentran mejor de lo que en realidad es, poco aliciente ha ofrecido á los concurrentes al Gran Teatro. En su ejecución ha sobresalido la Pícker, artista de garganta dúctil y voz extensa y bien timbrada.

Para el próximo martes se anuncia el estreno de la ópera de Bretón *Los amantes de Teruel*, cuyos principales papeles corren á cargo de la Borelli y el Sr. Bertrán. Para fines de semana, estreno de la nueva ópera de Albeniz *Pepita Giménez*.

Para terminar, daremos cuenta de la venta de una joya artística española últimamente efectuada en París por el precio de 41,600 francos. Los metales del Porta-Paix eran cobre repujado y oro, su factura databa del siglo xiv y pertenecía á la célebre escuela cordobesa.

MANUEL M.^a MORAGAS.

MISCELANEA

PINTORES CÉLEBRES

MEISSONIER

Los primeros años de la actual centuria determinan el momento histórico del renacimiento de la pintura en las naciones más cultas de Europa, y singularmente en Francia, donde la revolución había despertado ambiciones y estimulado esperanzas, hombres como David, Vernet y Gros hicieron prodigiosos esfuerzos para que el arte pictórico sacudiese el profundo letargo en que yacía, porque á la revolución política siguió, acompañó, mejor dicho, la revolución literaria y artística, que rompía los viejos moldes académicos, que destruía formas y tradiciones para que el poeta y el pintor se inspirasen únicamente en la realidad de las cosas y de los hechos; revolución que fué larguísima y aun sañuda controversia entre clásicos y románticos, semejante á la que sostuvieron en Italia, á fines del siglo xv, los partidarios de las antiguas escuelas y los del Renacimiento, y la cual no terminó prácticamente sino en pleno reinado de Luis Felipe.

En el período más ardiente de esa controversia apareció ante el público Juan Luis Ernesto Meissonier, que fué, por cierto, espectador indiferente de la enconada lucha: había nacido en Lyon

el 21 de Febrero de 1815, y comenzó á presentar sus dibujos y luego á exponer sus cuadros en el *Salón* de París pocos años después de la revolución de Julio, que derrumbó el trono de Carlos X.

Era su padre un comerciante en sal, como escriben algunos biógrafos, ó un droguero, al decir de otros, que no adivinó la predisposición artística de su hijo, y fué su madre, que murió joven, habilísima pintora en porcelana fina y en marfil, de quien heredó el muchacho la observación perspicaz y la mano delicada en los detalles.

Descendía además de artistas de gran renombre: uno de sus abuelos, Justo Aurelio Meissonier, que nació en Turin en 1695, adquirió legítima reputación como orifice, pintor, escultor y arquitecto, y dejando su país natal en edad temprana, marchó á Francia, donde su mérito fué reconocido y premiado por Luis XV, que le nombró platero y dibujante de la Real Casa, siendo aún sus producciones en el difícil arte de orfebrería muy estimadas por los coleccionistas; mas desgraciadamente para su fama, queriendo utilizar las buenas relaciones que poseía en la corte, se hizo pintor de retratos, y la valía de éstos se puede averiguar por el del Vizconde de Turena (que grabó después Larmessin), y también porque M. Bellier de la Chavignerie rehusó mencionar en su *Dictionnaire* las obras pictóricas de Justo Aurelio Meissonier, aunque figuraban en ellas retratos de los principales cortesanos de aquel monarca.

Añadiré que este Meissonier proyectó para la iglesia de San Sulpicio el monumento de Jacques de Bezenval, aquel famoso coronel de la Guardia Suiza que más tarde había de ganar muy triste fama por su conducta pusilánime frente al de las tropas Reales de las cercanías de París en las jornadas de 1790.

Bueno será decir que ningún biógrafo francés de Meissonier (ni Gautier, ni Blanch, ni Claretie, ni los *Diccionarios* de Vapereau y de Larousse) indica siquiera esas curiosas noticias relativas al abuelo del insigne autor de *Un homme fumant* y *L'Empereur à Solferino*: únicamente las he visto consignadas en la revista londonense *The Art Journal*, que me sirve de guía (sin olvidarme de los escritos de aquellos autores franceses) para trazar el presente bosquejo biográfico.

Julio Claretie ha afirmado que Meissonier llegó á París en la edad de diez y nueve años, es decir, en 1834; pero se sabe de cierto que algunos antes el joven provinciano residía ya en la capital de Francia, donde su padre abrió una tienda de drogas en la Rue des Ecouffles, calle principal á la sazón entre la del Temple y el Hôtel de Ville, y asistiendo desde entonces, en clase de externo, á la escuela de la Rue des Francs Bourgeois, «gozaba en visitar las callejuelas del París viejo (dice un biógrafo) y sus edificios característicos, unos monumentales y otros pintorescos.»

sitios aquellos que recordaban los sucesos más dramáticos de la historia de Francia, desde las guerras de la Fronda; consintió su padre, no sin tenaz oposición, porque deseaba dedicarlo á la industria que él ejercía, en que recibiese lecciones de dibujo de Julio Potier, un artista *Grand Prix de Rome*, que nadie conocería en nuestra época si no hubiese sido el primer profesor de Meissonier; ingresó después en el estudio de León Cogniet, buen maestro y pintor de merecida fama, como lo prueban sus techos del Louvre y otras obras notables, y probablemente allí fué discípulo de Daubigny, Daumier, Steinheil, Dechaume y otros; alentóle á perseverar en sus tareas el célebre Tony Johannot, pintor y grabador de mérito, popular dibujante de libros y periódicos ilustrados, quien logró desvanecer los últimos escrúpulos del *droguiste*; siguió, en fin, el consejo de su leal amigo Trimolet, dedicando largas horas todos los días á estudiar concienzudamente las obras de los maestros flamencos y holandeses que existen en el Museo del Louvre.

Alguno de los biógrafos de Meissonier ha escrito que el joven artista, asociado con Daubigny, pintaba cuadros para los mercados extranjeros á razón de cinco francos el metro cuadrado, y sólo así podían hacer frente uno y otro á las necesidades de la vida; mas la revista *The Art Journal* afirma que Meissonier y Trimolet (no Daubigny), además de las copias de cuadros del Louvre, que vendían con facilidad suma, pintaban acuarelas, paisajes de abanicos, miniaturas para misales, emblemas para librerías, etcétera, «porque no debía pasarlo bien, ciertamente, con la mísera cantidad de quince francos al mes que le daba su padre.»

Tales fueron los principios del insigne artista á quien la crítica ilustrada considera como fiel continuador de la escuela pictórica holandesa de los Metzú, los Mieris y los Dow.

*
* *

El escritor Mr. Burty refiere la aparición de Meissonier en el mundo artístico hacia Octubre de 1832, ó sea cuando el joven tenía diez y siete años y algunos meses, de este modo:

«Aconsejado por amigos que bien le querían y armado de cuatro pequeños dibujos á la sepia, presentóse una mañana en la tienda de M. Curmer, conocido editor de libros y periódicos ilustrados para niños, y le propuso con gentil desenfado que se sirviera admitirle sus dibujos.

«Curmer fijó en él investigadora mirada, y alguna chispa de genio hubo de encontrar en los vivos ojos del pretendiente, cuando le dijo con afable acento:

»—¿Qué sabéis hacer?

»—Esto—respondió Meissonier, abriendo la cartera y mostrando los cuatros dibujos.

«Curmer, hombre de gran sentido práctico, y además bueno y honrado, contemplólos en silencio, y después de concienzudo examen replicóle así:

»—Admitido. ¿Cuándo queréis empezar?

»—*¡Tout à l'heure!*—contestó con entusiasmo el joven Meissonier.»

Y asociado con Wather, Rogier, Deveria, Levasseur y otros artistas aventajados y tan jóvenes como él, contribuyó á la ilustración de la *Histoire de l'Ancien et du Nouveau Testament*, representada por grabados escogidos, que publicó en París el editor Curmer en 1835, dibujando las láminas tituladas *Holofernes en Julea*, y *Judith delante de Holofernes* y otras.

Por encargo del mismo editor ilustró después la nueva edición del *Discours sur l'Histoire Universelle* de Bossuet, no sólo con hermosas viñetas y letras de adorno, sino con tres figuras de estudio, Isaías, San Pablo y Carlomagno; que fueron expuestas en el Salón de 1840; el poema de Lamartine *La Chûte d'un Ange*, lacrimoso tributo del vate republicano á la memoria de una reina desgraciada; las escenas sentimentales de Bernardino de Saint-Pierre, *Paul et Virginia* y *La Chaumière indienne*, y otras publicaciones, distinguiéndose sus dibujos de los de sus compañeros de colaboración por el monograma EM ó ME que usó durante largo tiempo.

El editor Curmer estaba encantado de los elogios que la prensa periódica y aun algunos académicos prodigaban á Meissonier, y apenas terminaba la publicación de una obra pensaba ya en otra no menos importante, para conservar la valiosa colaboración del joven artista: las dos series de *Les Français peints par eux-mêmes*, cuyas páginas ilustraron también Gavarni, Monnier (Enrique) y Trimolet, ocuparon á Meissonier cerca de tres años, de 1841 á 1843, cuando ya había ganado fama de excelente pintor al óleo, y todavía se recuerdan sus preciosas figuras *El Agente de cambio*, *La Modelo del artista*, *El «Sportsman» parisiense*, *El Pescador de caña*, *El Bibliófilo (Amateur de livres)*, *El Ciego*, y otras de la serie primera de la obra, así como sus magníficas vistas del anfiteatro de Nimes, de los muelles de Rouen y El Havre, de las fundiciones de hierro de Montbrison, de las montañas de *La Grande Chartreuse*, y las escenas pintorescas de la vida árabe en Argelia, reproducidas con fidelidad y belleza en la serie segunda.

Y el mismo Curmer le puso en relación íntima con la historia napoleónica, que fué desde entonces asunto principal de los mejores cuadros de Meissonier; porque en 1840, cuando los cenizas del héroe de Austerlitz, cantado á la sazón por Victor Hugo, Beranger y otros poetas imperialistas, fueron conducidas á Francia, los dos inseparables amigos Meissonier y Daubigny recibieron encargo del editor para reproducir del natural los principales episodios de la conducción del convoy fúnebre hasta los Inválidos, y en

primero ejecutó minuciosos estudios de la entrada de *La Belle Poule* en el puerto del Havre, de la interesante escena del desembarco en el muelle de Rouen y del paso la de comitiva por el Sena, inaugurando con ellos las prodigiosas composiciones que los críticos franceses é ingleses denominan *cycle napoleónique* del gran artista.

En 1845, relacionado con la casa editorial de M. Hetzel, después de ilustrar admirablemente el precioso idilio de Fenelón, *L'Île des Plaisirs*, dedicó su lápiz á la popularísima *Histoire d'une poupée et d'un soldat de plomb*, de Stahl; á la traducción francesa del *Lazarillo de Tormes*, de nuestro insigne *Tácito español* D. Diego Hurtado de Mendoza, hecha concienzudamente por M. Viardot; á una lujosa edición del *Gil Blas de Santillana*, de Le Sage; á la colección completa de las obras de Balzac, comenzada entonces por Hetzel y no concluida hasta 1885 por M. Houssiaux; á los *Contes Rémois* del Conde de Cheigné, historietas y apólogos en verso modelados con suma delicadeza sobre las inmortales fábulas de La Fontaine.

Estos *Contes Rémois* fueron los últimos libros que ilustró Meissonier: por espacio de treinta años el artista dedicó su genio y su lápiz á las obras históricas y literarias que sucesivamente publicaron los editores Curmer y Hetzel, aunque había obtenido como pintor al óleo, y en *la grande peinture*, en *le gran art*, medalla de tercera clase en el *Salón* de 1840, de segunda en el de 1841, de primera en los de 1843 y 1848, y la gran medalla de honor en las Exposiciones Universales de 1855 y 1867.

Ejemplo insigne de modestia y laboriosidad que deben tener presente los artistas españoles.

*
* *

No está averiguada la fecha en que Meissonier presentó sus primeros cuadros al Jurado del *Salón*, el temido *Hanging Council*, que dicen los ingleses; pero lo indudable es que su nombre aparece en el *Catalogue* de 1834, es decir, cuando el artista contaba la edad de diez y nueve años, y entonces presentó dos obras que alcanzaron extraordinario éxito: una acuarela titulada *El Alto (La Halle)*, representando linda campesina que ofrece un jarro de cerveza, á la puerta de una taberna, á un soldado de caballería, y el cuadro al óleo denominado *Les Bourgeois flamands* (y también *Une visite chez le Bourgmestre*), tres figuras sentadas en rojos taburetes alrededor de una mesa de blanco pino, en la cual hay una botella y varias copas, unas vacías y otras medio llenas; la acuarela cautivó la atención de la *Société des Amis des Arts*, que todos los años empleaba cierta suma en la adquisición de obras artísticas de los expositores más jóvenes, y que la adquirió por *cien francos*, y el cuadro al óleo ejecutado á la ma-

nera de los antiguos maestros holandeses, con admirable efecto de luz y el retrato del artista en una de las tres figuras, fué á parar á la galería de Sir R. Wallace, quien le donó luego, con otros, al *Bethnal Green Museum*, si bien algún autor inglés afirma que primero lo compró Mr. Poturle por cantidad insignificante, y que á la muerte de éste lo adquirió Sir Wallace.

Tales fueron los principios de Meissonier como pintor al óleo y expositor en el *Salón* parisiense, y necesitaríamos muchas páginas si hubiéramos de seguirle paso á paso hasta sus últimas exhibiciones pictóricas en el *Salón* de 1884.

Es de advertir que Meissonier no tomó puesto, como ya hemos indicado, en la acerba contienda artística que á la sazón mantenían clásicos y románticos, y en la que principalmente figuraban Delacroix, Decamps, Ary Scheffer, Dupré, Boulanger y otros maestros como en la literaria ocupaban los primeros puestos Augier y Pousard, Víctor Hugo y Alfredo de Musset: permaneció indeciso entre ambas escuelas, algo inclinado acaso á las tradiciones del arte académico, al clasicismo de Demarne, Raffet y Huét, y repitiendo en varias copias, aunque en forma distinta, los asuntos de sus primeros cuadros, sus caballeros y soldados, sus bebedores y sus hombres leyendo ó fumando, sus estudiantes y sus jugadores de ajedrez, de dados y de naipes; y aun la composición *Les amateurs de peinture*, presentada en 1843, y una de las que más favor popular granjearon al joven artista, se debe considerar también como repetición de la primera, con muy pequeñas variantes de forma en las tres figuras que en ella aparecen representadas, una de ellas retrato del mismo autor.

Su famoso *Cuerpo de Guardia* data de 1815; su *Fumador*, varias veces repetido, de 1818; su *Lector* (*Le Liseur*), repetido también en diversas ocasiones, de 1853, y aun mucho antes, en el *Salón* de 1840, expuso el primer tipo de sus *Liseurs* al lado de los dibujos de San Pablo y de Isaias, hechos para la edición del *Discurso* de Bossuet: los soldados del *Cuerpo de Guardia* parecen característicos personajes de las novelas de Scott ó de Dumas, tipos á lo Quintín Durward ó á lo Artagnan; el *Fumador*, sentado con indolencia en silla de madera, y delante de una mesa que contiene un jarro de cerveza, con el tricornio ladeado sobre el hombro derecho, la pipa en la boca, la mano izquierda en el bolsillo de ancho gregüesco, las piernas medio dobladas, aseméjase á una figura de los viejos cuadros flamencos de Dow ó de Mieris; el *Lector* retrata en la grave expresión de su semblante, en su actitud de reposo, hasta en su rico traje de cortesano ó de aristócrata de último tercio del siglo XVIII, la impresión que le produce la lectura, aquella lectura que cautiva en absoluto su ánimo: no lee, no, los cuentos libidinosos de Brantôme, ni las sátiras de Rabelais, ni siquiera las escépticas lucubraciones de

Voltaire, sino que lee y medita en las obras de Diderot ó de Rousseau. en las páginas de la *Enciclopedia* ó del *Emilio*.

Una pendencia, famosísimo cuadro grabado en acero por Deblay, en 1866, y recientemente por Braquemond; *La barricada*, *Los «Bravi,» Jugadores de bolos en tiempo de Luis XV*, *El alabardero*, *Tropa en marcha*, *A la sombra de los bosques*, *El vino del cura*, otros muchos cuadros de género, y también magníficos retratos, precedieron á la célebre composición titulada *El emperador en Solferino*, ó sencillamente *Solferino* hoy existente en la galería del Luxemburgo: mide este *quadretto* 12 pulgadas de ancho por ocho de alto, y en tan reducido espacio el hábil artista lega á la historia la página más briilante de la campaña franco-sarda contra el Imperio de Austria en 1859: en primer término está el emperador Napoleón III, de parecido exactísimo, con la expresión de cansancio ó de fastidio que le caracterizaba, y en el acto de observar el campo de batalla que se extiende á lo lejos; destácase en una pequeña altura, delante de su Estado Mayor, mirando con anteojos el rudo combate; su caballo alazán yergue las orejas y respira con fuertes resoplidos en oyendo el lejano estruendo del cañón; sus oficiales generales y ayudantes de órdenes contemplan con frialdad el sangriento espectáculo, y á pocos pasos de ellos aparece retratado el mismo artista, que acompañó al Emperador á Italia y presencié el combate; éste se desarrolla en lontananza, entre nubes de humo y de polvo, y en un ángulo hay varios cadáveres de soldados austriacos, que se distinguen por su uniforme blanco, tendidos en la falda de la colina, que defendieron hasta morir y que tomaron al asalto los vencedores.

La primera titulada «1814» que figuró en el *Salón* de 1864 con el título de *Campaña de Francia*, y que algunos escritores denominan equivocadamente *Campaña de Rusia*, y también *La retirada de Moscou*, cuando la escena figura en la misma Francia, á las puertas de París.

«La población parisiense (escribe M. Henri Houssaye, exponiendo la situación de la gran ciudad mientras duró la batalla del 30 de Marzo de 1814), que se asustaba desde principio de Febrero sólo de oír el nombre de *cosacos*, y que temblaba en los días 27, 28 y 29 de Marzo ante la idea del saqueo y del incendio, recobró toda su sangre fría cuando oyó el estampido del cañón, y durante la batalla los grandes *boulevards* tenían su aspecto de costumbre, con la única diferencia de que las tiendas estaban cerradas y rodaban pocos carruajes.

»Pero la muchedumbre era más compacta, más animada, más movida que otras veces: parecía que el *boulevard* estaba en días de fiesta ó de crisis de gobierno, con su flujo y reflujo de paseantes, grupos de hombres y mujeres que discutían, todas las sillas ocupadas, todos los cafés llenos; en algunos se obser-

vaba inquietud y en otros curiosidad, aunque en la mayoría dominaba quizás la indeferencia.

«Considerábase que el combate de Romainville, cuyo estruendo llegaba hasta París, era asunto de escasa importancia y de seguro éxito, y cuando se hacía notar à cualquiera que el estampido del cañón se acercaba, lo que parecía indicar los progresos del enemigo, no faltaban gentes que respondieran con firme convicción de entendidos en achaques de guerra:

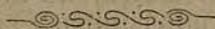
»—¡Es una maniobra! ¡Los rusos la pagarán bien cara!

«Mas esta general tranquilidad fué perturbada entre dos y tres de la tarde, cuando un lancero ebrio bajó al galope por el *faubourg Saint-Martin*, gritando con voz aguardentosa:

»—¡Sálvese el que pueda!

«Estalló un pánico horroroso: todo el mundo corría à esconderse; las oleadas de la muchedumbre se extendieron hasta el Pont-Neuf y los Campos Eliseos.

(Se concluirá.)



«QUEDARÁ USTED COMPLACIDO»

(CONTESTACIÓN Á LA «CARTA ABIERTA»)

M. distinguido amigo
 José María,
 me he enterado gustoso
 de su misiva,
 ó sea «Carta abierta»
 que me dedica,
 en el último número
 de la Revista.
 Yo agradezco sus frases
 tan laudatorias,
 aunque sé no convienen
 á mi persona,
 y prometo, si puedo,
 en algún rato,
 consagrarme de veras
 al gran trabajo,
 de decir por escrito
 y en otro estilo,
 lo que hablando le dije
 de un modo liso.
 No sé si será pronto
 como yo quiero,
 pero lo haré cuanto antes
 ¡pues, ya lo creo!
 Basta que usted lo indique
 con tanto afán,

para que yo procure
 no quedar mal.
 Mas juzgo, amigo mío,
 empresa vana,
 consignar lo de aquella
 feliz mañana,
 en que juntos y alegres
 y conversando,
 ¡aún nos, según dice,
 tan largo rato;
 pues casi no recuerdo
 de qué tratamos;
 ¡si estuvimos tres horas
 siempre charlando!
 Mas haré lo que pueda
 por darle gusto,
 aunque de mi trabajo
 no saque fruto.
 Le hablaré de novelas
 y de teatros,
 de pintores, artistas
 y literatos;
 de Tolstói y de Ibsen
 y de los rusos,
 noruegos, alemanes
 y de otros muchos.

Y si al fin yo cumplierse
con su deseo,
quedaría contento
y satisfecho.
Conste que sus piropos
me hicieron daño;
y que al fin y á la postre
me sonrojaron.

Mas yo los agradezco
de corazón,
aunque sé no merezco
tal atención.
Sepa, José María,
que es muy sincera
la amistad de

A. TORNERO DE MARTIRENA.

Diciembre 1895.

RECUERDOS DE MANILA

Atardeaba, cuando las campanas de la vieja é histórica iglesia de Molate dieron el toque del *Ave María*. Todos mis sirvientes tagalos, zambaleños é ilocanos, tras un breve rezo más comido y recomido que queso de ratonera, vinieron á darme las buenas noches á la galería que daba al mar en donde yo buscaba inútilmente un fresco que no existía: dos *batillas*, el niño Almpio y la niña Doray, se acercaron ceremoniosamente á besarme la mano mientras las babaes (mujeres) y los hombres (lalaques) daban desde la puerta una cabezada artística murmurando—*¡Bueas noches ñol!*—que no dejaba de tener cierta gracia y respeto.

Esta cortesía se ejecutaba á diario sin que á mí, habituado ya, me chocase ni me extrañara; pero, aquella noche de Nochebuena á tres mil leguas de la patria, en donde habían quedado para no verlos más todos los seres queridos, dió á mi espíritu singular tristeza. El mar que moría á mis pies sin olas ni espuma, llevaba sordo y pausado el contrapunto del himno al calor que entonaban hasta romperse los hélitros, las cigarras ocultas en los plátanos y cocoteros ó guarecidas en la penumbra de las dentadas y elegantes palmas de la bonga; los ilangs-ilangs, esos pebetes orientales de flores verdosas, estaban cuajados de luciérnagas aladas (alítap-tap) que deslumbraban con el brillo fosforescente de su linterna mágica y sus versátiles erráticos movimientos. Hacia bochorno, en el jardín no se movía una hoja y un silencio sepulcral reinaba á mi alrededor.

¡Ah, cómo deseé en aquel instante no estar sujeto á las leyes del espacio y trasladarme con el pensamiento donde se oyeran zambonbas, panderos, tambores y repiques de almirez! ¡donde, en una palabra, hiciese frío ¡mucho frío! y se vendiesen en todas las esquinas castañas asadas y estrechos para damas y galanes! Tener el calor de Agosto en Navidad era demasiado truco y milagro para no justificar estas imaginaciones.

Por sacudir la tristeza, que es la polilla del corazón, mandé enganchar, y arrellanado en el coche (la habitación más ventilada

y fresca de Filipinas) vestido de blanco algodón, con el sombrero de paja hacia el cogote y un junquillo en la mano salió de casa á buen trote de los caballos, que lo tienen soberano en aquella tierra, procurando buscar en el movimiento y cambio de imágenes algún alivio á mi morriña.

El Fiscalillo de la parroquia de Malate, que vivía en una choza de caña y nipa enfrente de mí, había colgado y encendido más de cien farolillos de papel de colores, que daban á su pobre mansión un extraño aspecto. Después, al recorrer la calzada vi que la iluminación era general: de todas las casas colgaban faroles, linternas, estrellas, peces, figuras geométricas, todo transparente, brillante, rico en color; los macizos de los jardines estaban sembrados de vasos de vidrio coloreado llenos de luz, los arbustos cargados de llamas.

Parecía que los buenos y honrados vecinos de Manila entablaban una caprichosa competencia con las estrellas para solemnizar el natalicio del Niño-Dios.

Allá á lo lejos, en la ciudad murada, en la muy noble y siempre leal ciudad de Manila las cúpulas de las iglesias y los agudos remates de los campanarios se hallaban cuajados de pedrería, y es que los frailes tienen el buen gusto de dibujar los perfiles arquitectónicos de sus templos y conventos con vasos de luz y de rematar aquella fosforescencia, que lucha con las sombras de la noche, con una cruz blanca brillantísima, que al extender los brazos á todos los ámbitos de la ciudad parece la representación de aquella decantada ley de Indias que dice:— «Dios da mundos, continentes, archipiélagos é islas á España para que se aumente la fe de Cristo.»

Salpicar con una lluvia de soles un templo es empresa digna de caballeros, de frailes y de artistas, es decir, de España entera, que no se compone de otra cosa.

Pero ya vamos camino de las Aguadas, cuyos corpulentos talirays y calamanchiles hunden su cabeza en las nubes, sin duda para perder de vista los mal olientes fosos de la ciudad (que Gómez Pérez Dasmariñas enlosó como una sala de palacio y nosotros dedicamos albaño y pastores de carabaos) esos árboles donde dormitan todos los pájaros Martínez nos ocultan el cielo porque sus ramas entrelazadas en lo alto forman espesa bóveda de follaje; ya se ven los focos eléctricos del Puente de España y el bosque de mástiles de las naves que buscan en el río Pasig puerto seguro, porque la bahía es un mar inconstante y peligroso en tiempo de Nortes; ya llega á nosotros el alegre y bullicioso barrio de Binondo, el pintarrajeado arrabal chino.

En medio del Puente de España la vista se detiene con asombro viendo las célebres pagodas que por Navidades botan al agua los hijos del elCeste Imperio. Dos piraguas unidos forman lo que allí se llama un *quili-quili*; encima de esta embarcación

insubmersible colocan un tablado y sobre el tablado un templete de caña y papel, adornado con lámparas y faroles y algunos tra-ceos y pinturas á usanza chinesca en que el rojo, azul y el dorado amarillo sobresalen y obscurecen la sedería y los abalorios y tacleyes: poned tripulantes hábiles para que la pagoda dé vuel-tas y revueltas en el río, rinda pleito homenaje en Malacañang y pilotee entre los jardines de los ricos habitantes de la calzada de San Miguel, cuidando en todos estos viajes de cortesía de no en-contrarse un casco ó pasar por ojo una banca; añadidle una mú-sica extraña, un violín unicordio, un tambor metálico y las trom-petas más desgarradas que se encuentren y tendréis idea de la fiesta de los chinos en el río.

Tras de la Escolta, donde pasean su aburrimiento los emplea-dos y el mundo burocrático consume su hastío, la ginebra *gin cocktail* y *serry-cobler* de todos los *bar* americanos y españoles que existen, están las calles de San Jacinto, del Rosario, Santo Cristo, de todo el Santoral Romano, pobladas de chinos, un ba-rrío pintoresco, alegre y simpático si el olor asiático no alejase de allí más que de prisa á las narices europeas.

También los celestes han iluminado sus tiendas y sus fachadas; de todos los balcones cuelgan banderas españolas con castillos bordados y leones rampantes sobrepuestos, allí hay gentío, murmullos, gritos, petardos, músicas, confusión. ¡Billetes! pre-gonan los loteros, ¡s... betee! los muchachos que con la garrafa al hombro pasean las calles brindando frescuras á la multitud. En Binondo el movimiento se ha unido á la luz, lo cual siempre es un remedo de fiesta española.

Pero, ¿es que los chinos se han hecho todos cristianos y so-lemnizan la Pascua?

Nada menos que eso. Es que en Diciembre los chinorros tie-nen la gran fiesta nacional en honor de Confucio, fiesta cuyos ra-malazos se mezclan con las primicias del gran festival budhisti-co que sobreviene á principios de Enero, y los comerciantes chi-nos, que se hacen cristianos cuando conviene á su negocio, dan en las Pascuas católicas rienda suelta á su fervor religioso y queman candelas y pebetes delante de Budha en el interior de su casa sin perjuicio de iluminar la fachada en honor del portal de Belén.

*
* *

Dan las nueve, las tiendas se cierran, la muchedumbre des- aparece, las músicas callan, las campanan enmudecen, las linter-nas se extinguen y Manila duerme.

La soledad que reinaba en Tondo, Calzada del Iris, Uli-Uli General Solano, Paco y la Ermita, sólo era comparable á la de Malate, en donde el pisar de los caballos hizo que tras de las en-treabiertas conchas de los *bahays* indios se asomase algún ros-tro de vieja llena de curiosidad.

En mi humilde morada había luz y ruido y se me esperaba: Pepe (el intendente del Sr. Piscal como él se llama) rasgueaba un guitarrero de ocho cuerdas metálicas, *Binday* y *Lencio* bailaban un *salampate*, ese baile que asocia á las refinadas cortesías del antiguo minué, las febriles arrogancias de la jota.

Cuando sintieron mi llegada paró el baile, calló la guitarra y no hubo más fiesta aunque yo se lo mandé... y... aun se lo suplí que muy de veras.

Para ella no tuvieron más que una razón que, aunque no parece argumento es el único, ó mejor, el que los comprende todos en Filipinas.

Ese argumento fué la exclamación de uno de los indios al verme entrar.

—¡Nacú! ¡el castila!

Como si hubiera dicho: ¡se aguló la fiesta!

Y en verdad que para mí estuvo aguada y mojada, pues al verme otra vez en mi pobre casa de nipa me asaltó de nuevo la tristeza, recordé otras Navidades pasadas al amor de la lumbre en santa compañía y en que la alegría íntima hacía olvidar el estrépito y la bullanga de la calle.

Por hacer algo me tumbé en la hamaca, y mientras el batilla me abanicaba me quedé dormido; cuando me desperté era más de media noche, las cigarras seguían su monótono canto tropical, las estrellas jugaban al escondite en las alturas, no había brisa, el mar era un espejo, los árboles cuajados de gusanos de luz no movían ni una rama ni hoja; todo parecía muerto en aquel calor de horno que ni la monzón del Norte había refrescado.

Con la mirada recorrí el horizonte, los cuatro puntos cardinales estaban apagados y en silencio; en la ciudad murada sólo brillaba con resplandores de incendio, la cruz que remata la cúpula de Santo Domingo, entonces recordé la Ley de Indias antes citada y pensé en algo ajeno pero que resultó de acuerdo con mis tristezas y que debo resumir en estas palabras.

—¿Iendremos los españoles la sola misión de descubrir las tierras y predicar la ley de Cristo? ¿Deberemos retirarnos después de erigir templos y bautizar á los habitantes?

Los recientes infortunios de nuestra noble España me han hecho recordar el aforismo de un militar inglés que conocí en Sinespura, el cual á vuelta de una discusión sobre el arte de colonizar terminó la disputa con esta frase:

—Desengáñese usted, sólo conservan las colonias los pueblos que las explotan.

Inglaterra y España son buena prueba de la eficacia de este apotegma.

RAFAEL COMENGE.